



tas arbitrariedades que se cometen en la selección de un canon, tantas veces anquilosado y fruto de la ignorancia teatral que sigue imperando en tantos ámbitos del mundo profesoral y académico.

**III El bibliotecario que quiera formar una sección de teatro en los fondos documentales de la biblioteca, ¿ha de emprender una labor detectivesca para su adquisición? Es decir, ¿las secciones de las librerías españolas, en general, están bien dotadas en este ámbito?**

Tristemente es así, el bibliotecario que quiera formar una sección de teatro ha de emprender una labor casi detectivesca y eso es así por las razones a las que antes me refería. En la mayoría de las librerías españolas que yo conozco, la sección de teatro no existe o se limita, en el mejor de los casos, a unos pocos volúmenes que proporcionan la sensación de que el teatro es, no ya un género minoritario, sino un mundo marginal. Es cierto que, en esas mismas librerías, pueden encontrarse otros libros de teatro en colecciones generales, sobre todo aquellas de carácter universitario o las que se destinan al mundo académico o escolar. Pero son muy escasas las librerías que incluyen entre sus fondos los libros de las editoriales o de las colecciones dedicadas específicamente al teatro. Es significativo que en Madrid sólo existan dos librerías especializadas en teatro -la Avispa y La Celestina- y que hace tan sólo tres años haya tenido que cerrar sus puertas El Corral de Almagro, otra librería especializada en la materia. Con excepciones tan loables como escasas, las librerías, incluso las mejor dotadas, ofrecen pocas posibilidades al lector interesado, que se ve obligado a peregrinar en busca de los títulos que necesita.

**III Andrés Amorós, en una entrevista sobre el tema de las bibliotecas en España publicada en 1984, manifestaba que para estudiar representaciones teatrales españolas debía de acudir a los Archivos de la Bienal de Venecia, dadas las carencias existentes en nuestro país. Estos últimos años se han inaugurado y desarrollado diversos centros de documentación sobre el teatro y las artes escénicas. ¿Cómo valoras la labor de tales centros?**

La iniciativa de crear los Centros de documentación teatral es, sin duda alguna, loable. Hay que recordar, aunque pueda parecer una obviedad, que en el caso del teatro, el texto es sólo un elemento que se inserta en el conjunto que constituye el fenómeno de la representación. Por ello, la compilación de materiales como fotografías, reproducción de diseños de decorados o de figurines, programas de mano,

carteles, cuadernos de dirección, críticas, discos con la música de los espectáculos, cintas de casete que reproduzcan voces de actores, o de cintas de vídeo en las que se graben los espectáculos contemporáneos, etcétera, son extraordinariamente útiles para el estudioso, más, si cabe, que el propio texto. En este aspecto hay que encomiar una vez más la labor impagable de la Fundación Juan March, que desde hace muchos años viene recogiendo y poniendo a disposición de quien quiera consultarlos, buena parte de los materiales que genera el teatro, los cuales sumados a su excelente fondo bibliográfico, proporcionan las mejores posibilidades para la investigación teatral.

*"Las bibliotecas públicas pueden desarrollar una excelente labor: disponer de textos teatrales y promocionar, por diversas actividades, su lectura"*

Respecto a los centros de documentación teatral propiamente dichos, hay que dejar un margen de confianza, porque entiendo que una institución de este tipo necesita un tiempo para cuajar, para aclimatarse y convertirse en algo realmente eficaz. De momento a los centros de documentación teatral les aqueja un problema semejante al que me refería a propósito de la primera pregunta: la dispersión. En unas Jornadas sobre el papel de la crítica que se celebraron durante el mes de septiembre organizadas por la Asociación de Directores de Escena, se puso de manifiesto la extraordinaria abundancia de estudios y de materiales teatrales existentes, pero cuya localización resultaba casi imposible, no ya para el lector interesado, sino incluso para el especialista. Faltan cauces que permitan acceder, de hecho, a esa información. Tal vez pueda ser ésta una de las misiones de los centros de documentación teatral.

Por lo demás, yo echo de menos en estos centros la posibilidad de una utilización real de los materiales. Es evidente que son necesarias las precauciones, ya que se trata de un material delicado y, con frecuencia, difícil de obtener, pero sería conveniente que estos centros dispusieran de las infraestructuras necesarias para que el investigador pudiera utilizar sus fondos con comodidad. Por lo que conozco, hasta ahora esto no sucede. Incluso creo que sería descabido que estos centros pudieran idear fórmulas de préstamo o hasta la venta a quienes estuvieran interesados en sus materiales. Y, si de momento no es posible, debiera intentarse al menos que determinadas instituciones pudieran utilizarlos.

**III Los textos teatrales no parecen contar con un espacio en los suplementos literarios de la prensa española. Si bien se lanzan campañas de promoción teatral incitando al público a la asistencia de las representaciones no existe una promoción del texto teatral. ¿Cuál crees que podría ser la función de las bibliotecas públicas o las de los cen-**



LA RISA EN LOS HUESOS. FOTO. CHICHO

## tros de enseñanza secundaria en la promoción teatral?

Me parece que los intereses comerciales de los suplementos literarios de la prensa son evidentes y, desde luego, excesivos, lo cual personalmente, me hace cuestionarme muchas veces su función. Así no es extraño que los textos teatrales no tengan cabida habitualmente -por no decir nunca- en estos suplementos. Los textos de literatura dramática raramente tienen una viabilidad comercial. Pero habría que preguntarse si los suplementos de la prensa no debieran ocuparse de algo más que de aquello que alcanza éxitos de venta fulgurantes, aunque en ocasiones sean efímeros. La vigencia de los clásicos -éxitos editoriales permanentes- debieran servir como motivo de reflexión y como factor que corrigiera ese entusiasmo por el éxito ocasional de determinados títulos insustanciales. Y es obvio que en el campo de la literatura dramática se encuentran algunos de los grandes títulos que ha producido la humanidad.

A esta mezquina razón comercial para el desprecio del teatro se une otro factor, y es que en muchos ámbitos se sigue considerando, desgraciadamente, a la literatura dramática -incluso el teatro- como un fenómeno minoritario, lo que, para la mentalidad de muchos, dificulta la presencia de los

textos teatrales en los medios de comunicación de masas.

En este aspecto las bibliotecas públicas pueden desarrollar una excelente labor que deja un amplísimo margen de iniciativas: desde el simple hecho de disponer de textos teatrales -tan infrecuentes en librerías y bibliotecas- hasta la promoción de la lectura de estos textos mediante actividades que siempre son sugerentes, como lecturas dramatizadas, representación -si es posible- de piezas breves o de escenas, o, en el caso más ambicioso, la organización de talleres teatrales. Y si estas iniciativas superan las posibilidades reales de muchas bibliotecas, me gustaría insistir en la conveniencia de que dispongan de fondos teatrales y faciliten a sus usuarios el acceso a ello, pues, como he dicho ya repetidas veces, el aficionado al teatro o el investigador encuentran serias dificultades para encontrar textos de literatura dramática.

Las bibliotecas de los centros de enseñanza secundaria tienen ya mucho adelantado, pues a nadie se le escapa la intensa vida teatral que late en muchos de estos centros: talleres, grupos de teatro, asistencia a espectáculos, etcétera, han pasado de ser algo ocasional a formar parte de los hábitos de tantos centros de bachillerato y formación profesional.

■ RAMÓN SALABERRÍA. FRANCISCO SOLANO